

Lorca, el duende y la sed de muerte en España

Rodrigo Pérez G.

Escritor, luzagosto2003@yahoo.com

Prólogo

La vida y la obra de Federico García Lorca funcionan como aglutinantes o puntos de acumulación, como se dice en topología, de acontecimientos decisivos ocurridos en las primeras décadas del siglo XX en España y en Europa entera. Y ello fue así por la época en que vivió Lorca, porque el hombre tenía duende y porque la España milenaria estaba atravesada por una imposible reconciliación entre la España cristiana-castellana con sede en Madrid y la España catalana-flamenca-mora-gitana asentada en Málaga, Jerez, Córdoba, Granada, Andalucía, Jaén. En manos de los falangistas, Lorca se convirtió en un chivo expiatorio, una víctima propiciatoria alrededor de cuyo sacrificio se reforzaban las huestes franquistas que acusaban y condenaban al poeta vehemente y rebelde, por *rojo y maricón*. Y el poeta, el más percedero, presintiendo su final, a su pesar, se metió, como el abejorro, en la boca del lobo. La república es derrotada y el poeta asesinado junto con los anhelos populares que luchaban por unas nuevas condiciones de vida en un país socialmente muy desigual, donde abundaba la miseria, y extremadamente patriarcal, tradicional, conservador, mojigato, donde la Inquisición había durado más de la cuenta, igual que lo sería la vida de Franco.

I

A mediados de 1936, a manera de esbozo o preámbulo de la Segunda Guerra Mundial que vendría pronto, estalla la muy sanguinaria Guerra Civil Española. Ahí llegarían cientos de voluntarios extranjeros —entre ellos la filósofa y mística Simone Weil, miliciana no por mucho tiempo, al descubrir que el demonio campeaba en un lado y en el otro— a combatir al lado de los republicanos, y uno de los primeros grandes trofeos de

caza o chivo expiatorio a lograr por la turba franquista cargada de ambición, codicia, celos, envidia, miedos y odios, es la cabeza de Lorca. *Darle café* al poeta era un golpe directo contra todos los que luchaban contra el yugo de los tiranos en España, o sea, contra el clero, los militares y los grandes hacendados, sobre todo, quienes, juntos, se retorcián de ira negra contra ciertos pasajes del *Romancero gitano*, de *Teoría y juego del duende* y de sus obras de teatro, *Mariana Pineda*, *Bodas de Sangre*, *Yerma*, *La casa de Bernarda Alba*, por la manera como estas obras consiguen exponer, revolver y sacudir la entraña oscura y turbia de España y su honda sed de muerte afincada, desde tiempos inmemoriales, al catolicismo, al puritanismo, a la exclusión, a la misoginia y a la homofobia atroces.

II

España, por su música y por su sed de muerte ha sido un país peculiar, muy distinto a los demás países de Europa, así como resulta ser México en el concierto de Latinoamérica. En su chispeante conferencia *Teoría y juego del duende*, nos dice Lorca:

En todos los países la muerte es un fin. Llega y se cierran las cortinas. En España, no. En España se abren las cortinas. Muchas gentes viven allí entre muros hasta el día en que mueren y los sacan al sol. Un muerto en España está más vivo como muerto que en ningún sitio del mundo: hierde su perfil como el filo de una navaja barbera.

Los últimos años del general Franco, al que conservaron *vivo* más allá de su propia muerte, un muerto en vida, son un botón de muestra irónico de este rasgo peculiar de España, un país que abrazó la pasión de Cristo como ningún otro país en el mundo. Triunfo popular de la muerte española: algo que salta a la vista en las procesiones

del Viernes Santo y el *Ecce homo*, del Sábado Santo y la *Dolorosa*, y puesto en evidencia con el fervor popular por las corridas de toros y por la religión, el fanatismo y la anarquía. “En el mundo, dice Lorca, solamente México puede cogerse de la mano con mi país”. La Muerte en México, sin embargo, no quiere ser tan triste y sombría como la Muerte en España, el 2 de noviembre se la representa en calaveras de chocolate y a ella, a la señora digna, a la orgullosa hermana muerte, a la chirifusca, a la katrina, se le llevan flores y se le ofrecen alimentos durante la novena de muertos.

En una conferencia sobre las Nanas españolas y en otra sobre el Cante Jondo, los cantaores y las cantaoras, el músico-poeta, nacido en la mora Granada y que, sin duda, portaba sangre gitana en sus ojos negros, cejas espesas negras, pelo negro y lunar, nos habla de la peculiar geografía española y de ciertas cosas que ayudan a comprender mejor la belleza y melancolía propias del canto gitano y de las mismas nanas infantiles..., pero también de ciertas regiones en nuestra geografía física y humana en Colombia que atrajo a aquellos rubios animales de presa a la conquista de sus territorios:

Hay en el aire de España una originalidad, un acento propio, subrayado de tan visible manera que necesariamente lo vemos y sentimos sus efectos. Y no es nunca la belleza de España belleza serena, dulce, reposada, sino ardiente, quemada, excesiva, que hace recordar constantemente el dicho que el maestro nos inculca, *España tiene la forma de una piel de toro extendida*. El paisaje de las regiones que más típicamente representan a España, que son aquellas en las que se habla español, es absolutamente agudo y extraño, lleno de una pasión salvaje, un acento de desolación y fiereza, etc., que se refleja en sus cantos. Y es así. No hay otro remedio que aceptar el hecho cuando lo tenemos siglos delante de nosotros.

III

En la conferencia mencionada, *Teoría y juego del duende*, nos dice Lorca:

Así como Alemania tiene, con excepciones, musa, y la Italia tiene permanentemente ángel, España está en todos los tiempos movida por el duende, como país de música y danza milenaria, donde el duende exprime limones de madrugada, y como país de muerte, como país abierto a la muerte.

Todo hombre, todo artista, dice Lorca:

Cada escala que sube en la torre de su perfección es a costa de la lucha que sostiene con un duende, no con un ángel, como se ha dicho, ni con su musa. El ángel guía y regala, como san Rafael, defiende y evita como san Miguel, y previene como san Gabriel. El ángel deslumbra, pero vuela sobre la cabeza del hombre, está por encima, derrama su gracia, y el hombre, sin ningún esfuerzo, realiza su obra o su simpatía o su danza.

En cuanto a la musa, ella dicta y, en algunas ocasiones, sopla. Puede poco, dice Lorca:

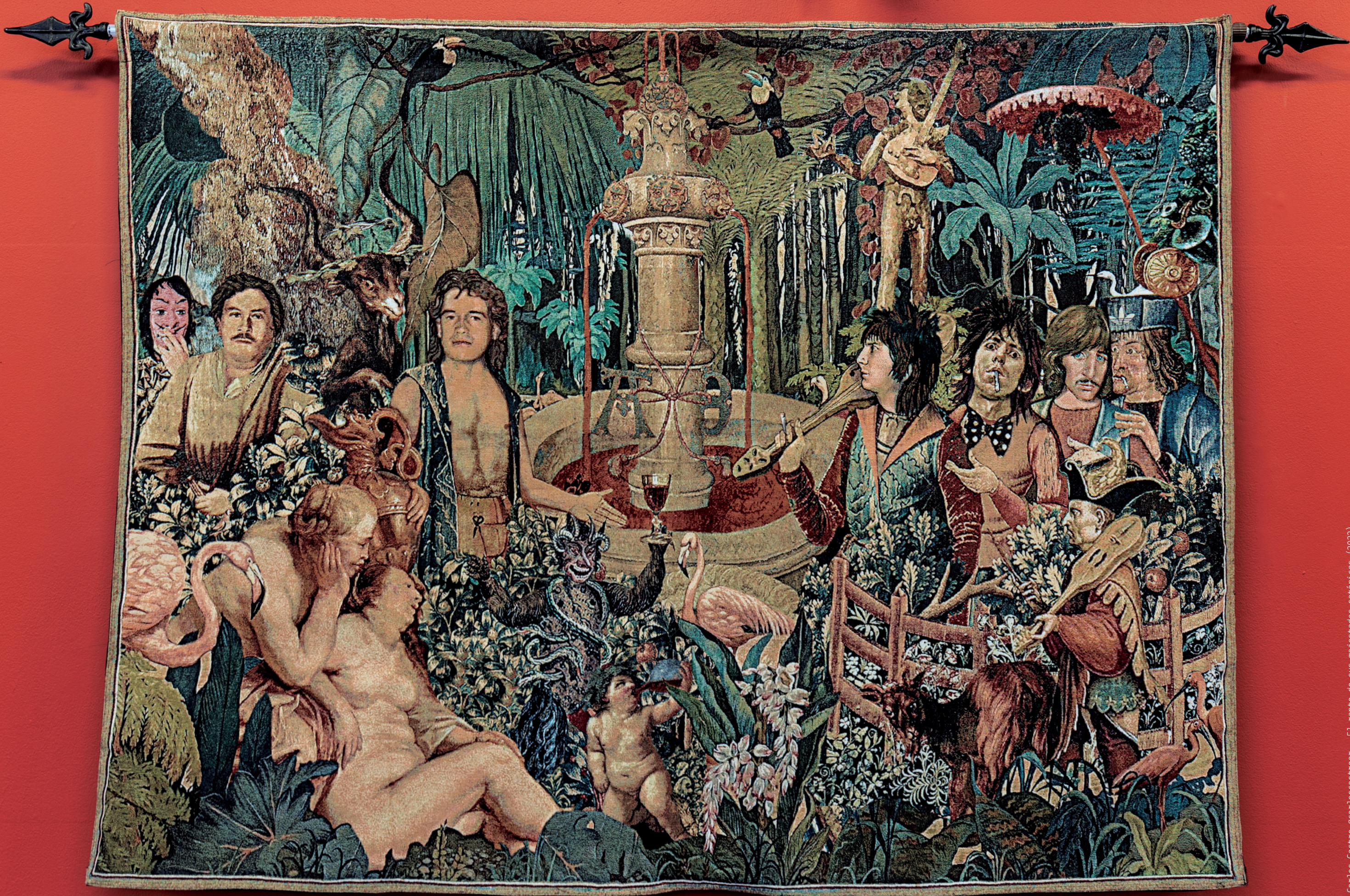
Porque ya está lejana y tan cansada, que tuve que ponerle un corazón de mármol... Ángel y musa vienen de fuera. El ángel da luces y la musa da formas... En cambio, al duende hay que despertarlo en las últimas habitaciones de la sangre.

Los signos de su Manifestación: “La llegada del duende presupone siempre un cambio radical en todas las formas sobre planos viejos, da sensaciones de frescura totalmente inéditas, con una calidad de rosa recién creada, de milagro, que llega a producir un entusiasmo casi religioso”. La emoción es el signo, pero el duende no baja del cielo sino que sube de la tierra a través de las plantas de los pies, y quien lucha con él se sostiene sobre bases precarias, endeblés, al crear como de la nada se afirma en el vacío, así el Tao. Cuando *La Niña de los Peines* canta, dice Lorca:

Tuvo que desgarrar su voz porque sabía que la estaba oyendo gente exquisita que no pedía formas, sino tuétano de formas, música pura con el cuerpo sucinto para poder mantenerse en el aire. Se tuvo que empobrecer de facultades y de seguridades, es decir tuvo que alejar a la musa y quedarse desamparado, que su duende viniera y se dignara luchar a brazo partido. ¡Y cómo cantó!

De acuerdo con el viejo guitarrista que dice que “El duende no está en la garganta; el duende sube por dentro desde la planta de los pies”. Lo que Goethe nombra como ese poder misterioso que todos sienten y que ningún filósofo explica es, en suma, nos dice Lorca, “El espíritu de la tierra, el mismo duende que abrasó el corazón de Nietzsche, que lo buscaba en sus formas exteriores sobre el puente de Rialto en Venecia o en la música de Bizet, sin encontrarlo y sin saber que el duende que él perseguía había saltado de los misteriosos griegos a las bailarinas de Cádiz o al dionisiaco grito degollado de la siguriya de Silverio...”.

Porque la verdadera lucha es con el duende.



El duende, nos dice Lorca, es ese “misterio magnífico que debe buscarse en las últimas habitaciones de la sangre”, no llega “si no ve posibilidad de muerte, si no sabe que ha de rondar su casa, si no tiene seguridad de que ha de mecer esas ramas que todos llevamos y que no tienen, que no tendrán consuelo”. Y es que “el duende hiere, y en la curación de esta herida, que no se cierra nunca, está lo insólito, lo inventado de la obra de un hombre... Porque con duende es más fácil amar, comprender, y es seguro ser amado, ser comprendido”.

Sin ninguna duda, Lorca presagiaba lo que se venía en España y en el sur de España, en su Granada, a las “cinco en sombra de la tarde”, cuando el amor acaba y se catapulta el fascismo que traían Franco, los falangistas y sus mercenarios desde el norte de África. Profeta más bien que historiador o psicólogo, extemporáneo, Lorca, sensible a los poderes y al miedo, igual que Kafka, portaba el carácter de lo virtual, un real sin ser actual, lo sentía en sus carnes y en su sangre arrebatada. Uno está tentado a pensar que en los años previos a *las cinco en sombra de la tarde*, cuando asciende el fascismo y se desencadena la guerra civil en España, el músico Lorca habría de sentir, como el músico Gustav Mahler, “El más fervoroso impulso vital, y un ardiente deseo de muerte: estos dos sentimientos se alternan en mí, hasta el punto de sucederse el uno al otro en el espacio de una hora”. Lorca: *Mi amor errante, / castillo de sombras enmohecidas, / ¿está en ti, Noche negra?*

IV

La palabra *tragedia*, del griego *tragos*, alude al “chivo expiatorio”, el que aparece en las tragedias griegas y en el *Horacio* de Racine donde cada uno se ofrece a la muerte, mujeres y hombres se proponen a la inmolación. Para René Girard, en *La violencia y lo sagrado*, la representación trágica comienza por el linchamiento en el que un grupo entero participa en la matanza, en el sacrificio de una víctima que se presume culpable. ¡Rojo maricón!, fue el insulto de los verdugos de Lorca. El sacrificio humano, antiguo y moderno, servía como factor de cohesión del grupo, en este caso de los fascistas y falangistas agrupados alrededor de Franco.

El inglés A. Álvarez, en *El dios salvaje* nos dice que un individuo

Cuanto mejor artista es, más vulnerable parece. Puesto que parte del talento del artista serio consiste en un extraño don para percibir y expresar las tensiones de su tiempo antes que otra gente, el creador ha ido moviendo el arte moderno hacia una respuesta cada vez más interior, a una sensación de desastre cada vez más intolerable. Es como si, llevando al límite el adagio de Joseph Conrad, *inmerso en el elemento destructivo*, hubiera cambiado totalmente

el papel social: en vez de héroe y liberador romántico, se ha vuelto víctima, chivo expiatorio...

A principios de julio de 1936, Lorca estaba en Madrid. Había sido invitado y planeaba irse a México para ver a la gran actriz Margarita Xirgú que andaba allí interpretando *Bodas de sangre* (!); eventualmente, se le había dado ya un pasaje con destino a México, único país como España, y como Colombia años después, en cuanto a Sed y Celebración de la Muerte, aunque de otras maneras, precolombinas y postcolombinas, con otras músicas; la ranchera y el corrido serán el cante jondo mejicano, *El día en que a mí me maten que sea de cinco balazos...* A mediados de julio, Franco y su ejército entran a España por el sur y desde el norte de África. Por estos días, en represalia por el asesinato de un importante líder republicano masacrado por los franquistas, los rojos asesinan a Calvo Sotelo en Madrid, ficha importante de la reacción de derecha en la política española. Estos eventos hacen que Lorca tiemble y tema por sí mismo y por su familia, la cual solía justamente reunirse en agosto, familia que era de tradición liberal y enfrentada por litigios de tierras con otras familias muy reaccionarias y de mucho poder y riqueza en Granada. El destino hace que tome el tren en la estación de Madrid y se vaya a Granada, como quien dice, cual abejorro, a meterse en la boca del lobo.

¿Es que Lorca, como sin querer queriendo, bañado en las fuentes católicas españolas y que había escrito un poema dedicado al martirio de santa Olaya, se ofreció a la inmolación?... Así como tenía agua en su destino, tenía a la muerte y al duende cerca, en un país de muerte cercado por la terrible sombra que proyectaba el fascismo en Alemania, en Italia y en España... El poeta de Granada habría asentido con Joë Bousquet², inválido a causa de una herida sufrida en la Primera Guerra Mundial:

Todo estaba en su sitio en los acontecimientos de mi vida antes de que yo los hiciera míos; vivirlos es encontrarme tentado a igualarme a ellos, como si ellos fueran a tener de mí y solamente de mí lo mejor y lo más perfecto para ellos.

Lorca llegaría a la casa de sus padres en los últimos días de julio y muy pronto irían a dar allí los enviados de los nuevos amos en Granada con actos brutales que cayeron sobre la cabeza del casero-jardinero, a quien Federico defendió y por lo que fue humillado y maltratado, ¡Maricón!, con toda la carga odiosa y homofóbica que traía esta expresión en España. La familia de Lorca y él mismo resuelven que la casa de los Rosales, que eran de la Falange y cuyo hermano menor José, poeta, era amigo de Federico, sería el mejor refugio para él.

Imaginando que se alejaría de la muerte, el poeta fue a su encuentro y la cita, a la postre, sería a pocos kilómetros de Granada, en la barranca de Víznar, a dos pasos de la Fuente Ainadamar, palabra árabe que quiere decir **Fuente de Lágrimas...**

Justo la víspera de ser secuestrado de la casa de los Rosales, acompañándose al piano y ante varias mujeres que lo escuchan inquietas y atentas, en la película de Marcos Zurinaga, *Muerte en Granada*, el poeta canta y dramatiza, con humor ligero, y grave, el minicuento de Jean Cocteau, *El gesto de la muerte*:

Un joven jardinero persa dice a su príncipe:

—¡Sálvame! Encontré a la Muerte esta mañana. Me hizo un gesto de amenaza. Esta noche, por milagro, quisiera estar en Ispahán.

El bondadoso príncipe le presta sus caballos. Por la tarde, el príncipe encuentra a la Muerte y le pregunta:

—Esta mañana, ¿por qué hiciste al jardinero un gesto de amenaza?

—No fue un gesto de amenaza —le responde la Muerte— sino un gesto de sorpresa. Pues lo veía lejos de Ispahán esta mañana, y es allí donde debo tomarlo esta noche.

V

¿De dónde vino la orden del asesinato? El gobernador de Granada, militar José Valdés, consultó a Queipo del Llano sobre qué hacer con Federico, a quien Ruiz Alonso había sacado de la casa de los Rosales y había traído a la Comisaría. “Denle café, mucho café”, o sea, en antioqueño,

¹ Federico García Lorca, *Prosa* (Madrid: Alianza Editorial, 1969).

² Joë Bousquet, *Traduit du silence* (Paris: Gallimard, 1995).

³ Federico García Lorca, *Poeta en Nueva York* (Madrid: Cátedra, 1996).

Denle chumbimba, mucha chumbimba. Este mismo Queipo era de los que decía, como Goebbels, segundo de Hitler, “Cuando yo oigo la palabra *cultura*, saco la pistola.” Que Lorca había hecho más daño con su pluma que otros con sus armas, que era un espía ruso... Cuando el músico Manuel de Falla llega a la Comisaría a preguntar por el poeta, ya se lo habían llevado al Paseo de la Muerte... consumado en la madrugada del 19 de agosto, fusilado junto con dos banderilleros y un maestro cojo, acusados todos de rojos anarquistas, ateos y...

Lorca había escrito el poema “Casida del Llanto” en el libro *Poeta en Nueva York*³:

He cerrado mi balcón/ porque no quiero
oír el llanto./ pero por detrás de los grises
muros/ no se oye otra cosa que el llanto./
Hay muy pocos ángeles que canten, hay muy
pocos perros que ladren./ mil violines caben
en la palma de mi mano./ Pero el llanto es
un perro inmenso./ el llanto es un ángel
inmenso./ el llanto es un violín inmenso, las
lágrimas amordazan al viento, y no se oye
otra cosa que el llanto.

El poeta había intentado *pintar el grito*, como lo intentaría pintar años más tarde Francis Bacon (*Estudio del retrato del papa Inocencio X de Velásquez*), en un poema, “El Grito”:

La elipse de un grito./ va de monte a monte./
Desde los olivos será un arco iris negro
sobre la noche azul./ ¡Ay! / Como un arco de
viola/ el grito ha hecho vibrar largas cuerdas
del viento./ ¡Ay! (Las gentes de las cuevas
asoman sus velones.)/ ¡Ay!

Y había escrito aun otro poema, “¡AY!”:

El grito deja en el viento/ una sombra de ciprés./
(Dejadme en este campo llorando)/ Todo se ha
roto en el mundo./ No queda más que el silen-
cio./ (Dejadme en este campo llorando)/ El hori-
zonte sin luz/ está mordido de hogueras./ (Ya os
he dicho que me dejéis en este campo llorando).

Y esta era su *Encrucijada*: “Viento del Este;/
un farol/ y el puñal/ en el corazón./ La calle/
tiene un temblor/ de cuerda/ en tensión./ un
temblor/ de enorme moscardón./ Por todas
partes/ yo/ veo el puñal/ en el corazón”.

Dijo Jorge Guillén que junto a Lorca, y no solo en su poesía, se respiraba un aura que él iluminaba con su propia luz. Entonces

no hacía frío de invierno ni calor de verano, “hacía Federico”, pero no por acumulación de originalidades, sino “por originalidad de raíz: criatura de la creación y participante de las profundas corrientes creadoras”. En griego, no olvidemos, poesía, *poiesis*, es creación. “A todas horas, dice Guillén, aquel vivir estaba creado por la gracia”. De ahí el magnetismo, la fascinación que despertaba el poeta llano y sencillo, que hacía buenas migas, sobre todo, con la gente de abajo, niños, campesinos, trabajadores. En Buenos Aires, de paso, hacia 1934, Lorca, al piano, improvisaba el *retrato* de cada uno de sus nuevos amigos y amigas que lo acompañaban entonces, entre ellas la chilena María Luisa Bombal, que escribía por entonces en Buenos Aires los fantásticos relatos *Niebla* y *La amortajada*. Federico tenía duende, tenía genio y el genio es la ignición del cariño, de acuerdo con Emily Dickinson.

Lorca, como la Luna, tiene dos caras; una visible, seca y luminosa, otra invisible, húmeda y sombría que, sin embargo, es visible desde el espacio exterior y a la que llega también el sol. ■



Michael Jackson Plaza de Santo Domingo.